Capítulo 9

Historias de restauración

Mioma uterino - Jang

¡Cuán agradecido es poder escribir este texto escuchando el entrañable coro de los insectos del campo en un lugar donde se divisan el cielo azul y un hermoso jardín! ¡El Betel Suyangwon, la casa de Dios, a la que nunca habría podido llegar sin la guía de Dios!

Conocí a mi pareja tarde en la vida, dejé mi trabajo y me preparaba para el matrimonio, pasando días felices. Cuando se acercaba la fecha de la boda, empecé a prestar atención a mi cuerpo y noté que el vientre bajo estaba abultado y se palpaba algo duro como un bulto. ¿Qué es esto? No sabía cuándo había aparecido, pero se palpaba algo bastante grande y el miedo me invadió. Pensé que tal vez mejoraría en unos días, pero no hubo ninguna mejoría, así que fui al hospital con la persona con quien me iba a casar, y el resultado fue realmente impactante: un mioma de 10.5 cm, varios más pequeños y hasta un quiste en el ovario.

Al verlo todo oscuro, lloré y lloré en el banco del hospital. Pensaba que viviría cómodamente bajo la sombra de mi esposo en el nido familiar del que todos hablan, ¿y ahora me cae este rayo en pleno día? Me lamentaba preguntando por qué me había sucedido esto a mí, que había vivido más recta, bondadosa y diligentemente que nadie, y si Dios existe, me parecía demasiado cruel.

Como si no hubiera salida alguna, pasé varios días sin comer ni beber, solo llorando. No podía casarme con este cuerpo y cortar la descendencia de la familia de otro, y no quería hacer difícil el poco tiempo que quedaba para ser feliz en un matrimonio tardío, así que cancelé todos los planes de boda.

Pero al saber cuánto dolor y sufrimiento le causaban esos pensamientos a esa persona, y sabiendo que yo también, si estuviera en la posición opuesta, me casaría con él sin vacilar, después de muchas vicisitudes nos convertimos en marido y mujer.

Después de eso, busqué en varios hospitales de medicina occidental y oriental, y decían que el grande se veía de 13.5 cm, y que el embarazo era impensable; todos coincidían en que la cirugía era urgente y que no había otro método.

Pero al ver que los miomas, incluso operados, volvían a crecer y requerían nuevas cirugías, y que finalmente se extirpaba el útero, pensé que la cirugía no era la solución definitiva. Empecé a sentirlo como un mensaje urgente de que algo necesitaba un cambio fundamental en mi conciencia y en mi vida, y comencé a buscar si existía algo que pudiera cambiarme a mí y transformar toda mi vida.

Entonces, un día, mientras iba en el metro, cayó ante mis ojos por casualidad un folleto arrugado y viejo titulado <Vegetarianismo y Vida>. El número de teléfono de consulta de salud del Sijo-sa que había dentro me pareció el camino por el que podría recibir ayuda, y así, tras 21 días de sed, llegué a conocer el Betel Suyangwon.

Cuando todos me persuadían y apremiaban cada día diciendo que la cirugía era urgente, no era nada fácil pasar por encima de esa presión e inquietud y actuar firmemente según mi propia voluntad. Pero decidí que al menos en este asunto elegiría yo y decidiría sin arrepentimiento, ¡y cuánta fuerza y gratitud me dio mi esposo, que siempre me creyó y respetó mi decisión!

El Betel Suyangwon nos pareció un lugar realmente extraño. Decían que el costo no estaba fijado y que cuando volviéramos lo hiciéramos con generosidad según nuestras posibilidades; era desconcertante, pero fue un impacto refrescante.

Comencé de inmediato la dieta de frutas y escuché la conferencia del director cada mañana. Nunca había ido a una iglesia, y ambas familias eran budistas, y yo también había estudiado budismo, así que al principio era algo extraño, pero al tercer día, las palabras «Yo muero cada día y Cristo vive en mí» resonaron en mi corazón.

Este lugar, iluminado por la luz de la Palabra y purificando el cuerpo con la dieta de frutas y aclarando la mente, me permitió ver bien la realidad del yo que antes no podía ver. Cada día moría innumerables veces en el horno, y asombrosamente, mi diario se llenaba con el arrepentimiento de cada día.

Al tercer día de la dieta de frutas, los ojos hinchados e inyectados de sangre, y los síntomas de rinitis como flemas y estornudos, desaparecieron. Comí con toda

sinceridad y sin dejar ni una semilla ni una cáscara esta fruta dada por la sangre y la carne de Jesús, y disfruté con mucha gratitud y alegría el maná que era el amor y la gracia de Jesús y el remedio para mi cuerpo.

Al día 14 de la dieta de frutas, mi esposo vino, palpó mi vientre y, sorprendido, dijo: «¿Dónde se fueron todos esos?», alegrándose; y entonces supe que mi peso había bajado unos 7.5 kg y que el mioma casi había desaparecido hasta el punto de no palparse.

Otras personas eran sensibles a los síntomas de la enfermedad y a las reacciones de mejoría, pero a mí me gustaba tanto la Palabra de Dios que despertaba en mí al encontrarla a través del director, que estaba absorta en leer la Biblia.

Las conferencias del director, como si conociera toda mi mente, me transmitían cada mañana las palabras que necesitaba, y una madrugada, el pasaje «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» pasó por mi mente, y el conocimiento de que Jesús ya había llevado todas nuestras cargas y trabajos llegó a mi corazón. ¡Que no tengo carga ni trabajo que llevar, pero que mi yo existe y me está dando ese sufrimiento a mí misma!

Y a continuación se me hizo comprender «La verdad os hará libres», y la verdad de que ya hemos sido salvados del sufrimiento y el trabajo de la vida por la sangre preciosa de Jesús hizo que aquella madrugada conociera el verdadero sabor de la libertad. Era feliz. No, la sensación de que todas mis células eran felices y plenas era una libertad realmente indescriptible. Quería bailar y estaba tan alegre que parecía que iba a volar por la ventana. Entonces también pude saber por qué debía agradecer y alegrarme.

¡No me queda otra que vivir según las palabras «Estad siempre gozosos, dad gracias en todo»!

Y por primera vez hice ante Dios la oración «Viviré según la Palabra de Dios» y la confesión «Gracias, te amo».

Desde esa experiencia de gratitud, las palabras de la Biblia me llegaron más fácilmente, cada madrugada se me acumulaba saliva dulce en la boca y el apetito volvió por completo, no solo no había ningún dolor sino que el mioma abultado ya no se palpa.

Doy sinceras gracias a Dios Padre, que me hizo cantar siempre el himno de la felicidad, ¡y también profundo amor y gratitud al director que me hizo encontrar a ese Dios!

Cáncer de mama - Lee

Este año tengo 45 años, tengo hijos en segundo de secundaria y sexto de primaria, y vivo en Bundang junto a mi esposo, que me quiere mucho.

A los 38 años, en primavera, me extirparon el útero por un mioma, y en invierno me diagnosticaron cáncer de mama en etapa 3 y me extirparon la mama derecha. Y atravesando el pecho donde está el corazón, me insertaron un catéter en una arteria gruesa y completé la dura administración de quimioterapia hasta el verano siguiente; hice los exámenes en las fechas fijadas sin faltar ni un poco a lo que el hospital indicaba, tomé los medicamentos y me sometí al tratamiento, y pasaron 5 años. La medicina moderna decía que después de 5 años se considera curación completa. Mientras vivía confiando al 100% en la palabra «curación completa», en el otoño del sexto año sentí que mi cuerpo estaba anormal y me hice varias pruebas en el hospital, pero la respuesta del hospital fue que no había ninguna anomalía. Sin embargo, mi cuerpo seguía anormal. De repente sentía frío, y dolores como de gripe corporal…

Al comenzar el invierno volví al hospital, y en los resultados de las imágenes se detectó que había metástasis en la columna vertebral, y tuve que confirmar con mis propios ojos que en un mes se había extendido negramente hasta la pelvis. En oncología médica comencé de nuevo la quimioterapia a intervalos de 3 semanas, y yo me volví tan sensible como se puede ser. Otra vez se me cayó todo el pelo del cuerpo, aparecieron manchas rojas en la piel y hasta supuraba, se me cayeron las uñas de manos y pies, y los efectos secundarios fueron mucho más graves que cuando recibí quimioterapia tras la cirugía hace 6 años. Aun así pude soportarlo hasta el cuarto mes.

Al entrar en el quinto mes, no podía caminar, y mi piel se fue volviendo tan horrible que incluso delante de mi esposo tenía que cubrir mi cuerpo. Además tenía que ver a pacientes compañeros sufrir y morir por la quimioterapia. Se hacía un análisis de sangre 2-3 horas antes de la administración de la quimioterapia, y si no alcanzaba los niveles normales se posponía la administración, y cuando se recuperaba la inmunidad o el recuento de glóbulos

blancos se administraba de nuevo la quimioterapia, repitiéndose esto continuamente.

La nutricionista del hospital me preparaba un menú según la ingesta diaria recomendada ajustada a las calorías, insistiendo en que debía ingerir suficiente nutrición, con un menú prioritario en proteínas que incluía al menos más de medio trozo de carne o pescado por comida, y destacaba el consumo de leche y lácteos. Yo lo practicaba con diligencia, pero con el paso de los días la situación se volvía cada vez más insoportable. En mayo recibí la quimioterapia con la sensación de ser llevada al matadero. Y el martes 14 de junio, cuando según la cita debía recibir otra vez la quimioterapia, tomé una determinación: «De todos modos, los seres humanos no pueden evitar la muerte algún día. Aunque mi vida se acorte porque no cumplo diligentemente con la quimioterapia, no volveré a tener apego».

La quimioterapia no tenía plazo. Y yo moría lentamente. Antes de morir había una cosa que quería hacer. En mis veinte, cuando estudiaba arte, al pintar durante largos ratos en el bosque, comprendí que había una misteriosa mano de vida que no podía crear ni una sola hoja de hierba con mi propia fuerza; entonces me acerqué a la Biblia, pero en aquel tiempo no pude sentir su dulzura. Sin embargo, quería ir por última vez a Él y entregarme a esa mano de vida.

Ni mi esposo, ni mis hijos, ni mis padres, ni mis hermanos, ni mis amigos: en mi estado, ninguna relación normal era posible. A 10 minutos de mi casa natal había un lugar de reposo llamado ○○○, y mi familia quería que fuera allí, pero yo quería ir a un lugar lejano donde no pudiera encontrarme con nadie. Quería dedicar todas mis fuerzas a comprender la existencia del Absoluto, y si lo encontraba, quería entregarle incluso mi enfermedad y mi alma. Así, aunque muriera, quería ser libre de este mundo, ligera como una pluma y sin apego. Sinceramente, incluso encontrarme con mi familia se había vuelto difícil y una carga. Pensaba que había sido mi elección, pero ahora que lo pienso, fue la guía de Dios.

Cuando llegué a Betel y vi por primera vez al director, una mujer común con ropa cómoda de camiseta de algodón holgada... ¿Sería por mi enfermedad desesperada? A mí, que solo derramaba lágrimas, me dijo: «Las lágrimas deben ser de gratitud hacia Él; llorar de pena por la enfermedad no ayuda al tratamiento. Acepte a Él y descanse tranquilamente». Esas palabras que apenas entendía... una impresión algo fría... Con curiosidad por saber qué clase de persona era, miré al final del libro <Medicina Bíblica> que nos dio, el breve apéndice «El autor se encontró con Jesús», y allí estaba escrito: «Conocí el amor de Jesús y entregué toda mi vida al Señor». En aquel momento solo me llegó como «Mm... ya veo», como simples letras. Después de eso llegué a saber con el corazón que eso era verdad. A través de la confianza en el director, comencé a acercarme a Dios. Los mensajes de Dios que nos transmitía cada mañana y cada tarde atravesaban mi piel, se filtraban en mis huesos y penetraban en mi alma.

Antes tenía cierta resistencia a la palabra de arrepentirse del pecado. Porque pensaba que nunca había dañado a nadie, ni había obtenido ganancias injustas, y que había vivido bien, resolviendo mi sustento con el fruto de mi esfuerzo por medios justos según mi criterio.

Pero no conocer a Jesús era pecado.

Un día, mientras caminaba haciendo ejercicio pensando en Jesús, descubrí mi pecado de no haber conocido su amor y me desplomé allí mismo. Me temblaban manos y pies, y con la sensación de que los nervios se me paralizaban, me salía sudor frío desde la nuca hasta la espalda y sentía que me ahogaba. Él no murió en la cruz por los latigazos ni por los clavos hundidos, sino que murió porque su corazón estalló de dolor por mis pecados. ¡Mi ignorancia, que sin saberlo creía hasta ahora que existía en el mundo porque yo era valiosa!

Qué brutalmente he vivido con un corazón de acero, como diciendo «arráncame el vientre»... No conocer su amor dirigido hacia mí era pecado. Al comprender aunque fuera un poco ese amor, vino la convicción de que mi existencia es sumamente preciosa y que Aquel que me compró con su sangre

preciosa no permitirá que mi existencia regrese como un puñado de tierra sin sentido y termine sin valor.

Y al ver a las personas mayores y sin fuerzas de 60 y 70 años en el Suyangwon, agradecí que se me permitiera conocer, aún en mis 40 con fuerzas, al Dios de la creación, al Dios dueño de mi cuerpo. No tengo recuerdo de haber orado pidiendo que sanara mi enfermedad.

Creí en esta palabra de la Biblia: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6:63).

Como supe que el alma y el corazón dominan el cuerpo, entendí que si Dios es quien me hizo, con solo tener un camino para restaurar la relación con Él delante de Él conforme a su voluntad, no tendría que clamar por la enfermedad. Solo quería conocerlo. Y si era posible, quería sentirlo a través de mis cinco sentidos. Para eso oraba cada día, y al leer la Biblia eso era más dulce que la miel.

Al ver en el huerto trasero del Suyangwon los brotes verdes de rábanos y lechugas que salían de las semillas que yo misma había sembrado con mis manos, y en los días en que todo mi cuerpo se recuperaba gradualmente, la piel se limpiaba y los dolores desaparecían, llegué a sentir con los cinco sentidos el amor del Absoluto. En el viento que pasaba entre las hojas, en la luz del sol que fluía, en el fragante olor de la hierba, el olor de la tierra, el sonido de los insectos, el canto de los pájaros, el aire limpio, me descubrí respirando empapada del cálido amor del Absoluto.

Antes pensaba que Dios me miraba desde lo alto con majestad y dignidad. Pero ahora he comprendido que cada instante en que respiro es su misericordia y que habito en su amor. Quien constantemente sana y aun ahora es quien más se preocupa por mi enfermedad era Dios. Hubo veces en que me quejé de Dios por la enfermedad, pero eso fue por mi ignorancia de no comprenderlo. Comprendí que Dios desea más que yo misma que sea restaurada a la salud original que Él creó, y que simplemente su misericordia y gracia son tan grandes e infinitas que

hay un mundo que la mente del ser humano no regenerado no puede comprender.

Necesitaba convertirme de la vida que había llevado hacia una vida de obediencia en la fe, conforme al propósito con que el Dios Creador me creó originalmente.

Dios era el todo. La medicina moderna era un pequeño subconjunto dentro de ese todo. Los médicos del hospital hacen lo mejor que pueden, pero el esfuerzo humano y la ciencia eran un subconjunto demasiado pequeño descubierto dentro del conjunto total de Dios. Cuando fui humildemente a pedir ayuda a Aquel que me creó, me restauró de manera demasiado fácil, alegre y sin dolor. Ahora mi cuerpo y mi corazón están ligeros y alegres como para volar. Las uñas de manos y pies que se morían negras han revivido, la supuración de la piel ha desaparecido por completo y, junto con mi alma, estoy reviviendo como la piel de un niño. He encontrado una razón segura para no tener que volver a clavarme agujas en las venas por el cáncer.

He obtenido la difícil respuesta de dónde se origina la fuente de mi vida y hacia dónde irá. ¡Mi alma que se escapó volando desde el terror de la muerte hacia la libertad de la verdad! ¡Los días en que agradecí el cáncer que me trajo hasta aquí!

«¡Dios! Usted sabe esta angustia de no poder expresar con el lenguaje humano más que la palabra "gracias", ¿verdad?»

Yo era un paralítico. - China

¿Hola? Vengo de Pekín, China. Nací en 1944. Era el quinto miembro del Partido Comunista de China, investigador de materiales de construcción, y vicepresidente encargado de tres áreas —técnica, producción y calidad— en una empresa que experimentaba y producía materiales de construcción.

Vine a este Suyangwon a recuperarme de cáncer de ganglios linfáticos y cáncer de amígdalas.

En Hechos 3:2-8, cuando el paralítico de nacimiento pedía limosna a la puerta del templo a Pedro y Juan que entraban al templo, Pedro dijo: «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda. Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó; y al momento se le afirmaron los pies y tobillos, y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el templo, andando, y saltando, y alabando a Dios».

Antes de venir al Betel Suyangwon, yo era un ciego que, teniendo ojos, no podía leer la Palabra de Dios; un sordo que, teniendo oídos, no podía oír la Palabra de Dios; y un mudo que, teniendo boca, no sabía alabar a Dios. No creía que Dios existe, que hay un cielo ni que Jesús volverá. Era un creyente que cada sábado iba a la iglesia con la Biblia y, al volver, guardaba el libro en el estante y a la semana siguiente lo llevaba de nuevo a la iglesia.

Un día, un paralítico que, teniendo piernas, no sabía caminar, llegó al Betel Suyangwon. En la primera conferencia de la mañana siguiente, diciendo «Aquí se sirven dos comidas: una es el alimento del cuerpo y otra es el alimento espiritual», nos dio la palabra de Juan 6:63.

«El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida».

Nos enseñó que la causa de las enfermedades físicas y espirituales es el resultado de rebelarse contra la Palabra de Dios, comer mal y vivir mal, y que ahora, en la sala de tratamiento de Dios, con la receta de Dios, basta con comer

correctamente y vivir correctamente. Fue una conferencia realmente de mi agrado.

Mientras escuchaba con diligencia cada día las conferencias del director, estudiaba afanosamente la Biblia, oraba de corazón y alababa, la Palabra de Dios comenzó a filtrarse en mi corazón endurecido como la llovizna que empapa la tierra.

En las conferencias que escuchaba cada hora y en las palabras de la Biblia que leía cada día, derramando lágrimas, mis pecados que antes no había comprendido, surgidos del conflicto con mi hija, fluían uno tras otro, y elevé innumerables oraciones de arrepentimiento a Dios. Además, me arrepentí muchísimo de haber desconfiado y dudado tanto de Dios. Varias veces, entre lágrimas y mocos, sollozando y lamentándome, me arrepentí. También comprendí profunda y profundamente cuánto nos ama Dios y su promesa con nosotros.

«¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti» (Isaías 49:15).

Derramando incontables lágrimas ante estas muchas palabras del amor y las promesas de Dios, la figura del padre que espera el regreso del hijo pródigo se me apareció en la figura de Jesús. Al sentir ese amor limpio filtrarse en mi cuerpo y mi alma, mi corazón comenzó a cambiar.

Mirando una pequeña flor amarilla del tamaño de un grano de mijo, decía: «Así que también a ustedes los creó Dios, ¿verdad?»; escuchando el sonido del arroyo que fluía murmurando, decía: «Así que también a ustedes los creó Dios, ¿verdad?». El mundo creado por el Señor era así de hermoso. Palpando el bulto de cáncer que había crecido como un globo inflado, me arrodillé y oré fervientemente a Dios.

«No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia» (Isaías 41:10).

En esta palabra obtuve gran fuerza. Creí firmemente. Dios realmente me sostuvo con su diestra justa, me fortaleció y me ayudó. Su mano sanadora todopoderosa se extendió hacia mí. El bulto de cáncer que era tan enorme comenzó a reducirse, y ahora, después de más de un mes, se ha vuelto pequeño como un huevo de pájaro y sigue reduciéndose.

Además, en el brazo izquierdo tenía varios bultos conectados durante más de 20 años, y una mañana al levantarme había un hoyo. Los dos bultos se reducían cada uno hacia ambos lados. Estaba tan feliz. Brotó un canto.

«¡Buen Dios~ buen Dios~ mi muy buen Dios~!»

Al comenzar a sanar la enfermedad espiritual, la enfermedad física se sanaba por sí misma.

Al principio leía la Biblia para sanar la enfermedad y oraba pidiendo que sanara la enfermedad, pero ahora estudio la Biblia y oro para obedecer la Palabra de Dios y, encontrándome con Jesús, ir por el camino de la vida eterna.

Compañeros pacientes, hoy yo soy ese paralítico. Ese hijo pródigo. Este paralítico que, teniendo piernas, no podía caminar, en el nombre de Jesucristo de Nazaret ha recibido fuerza en sus pies y tobillos y está regresando a la casa de Dios.

Hoy, de pie en este lugar, alabo a Dios a plena voz. Le doy infinita gratitud y gloria. Al mismo tiempo, expreso mi ardiente gratitud a la excelente casamentera, la directora Choi Cha-sun, que me presentó a este buen Jesús como esposo.

«¡Te amo, mi Jesús! Te amo. Muchísimo. ¡Te amo, mi Jesús!»

«Volveos, hijos rebeldes, y sanaré vuestras rebeliones» (Jeremías 3:22).

¡Todos ustedes! Derribemos todos el muro que nos separa de Dios y volvamos a Dios.

Enfermedad de la piel - Lee

Dirijo un hogar de ancianos ○○○○ en el condado de Haman, Gyeongnam. Antes era una persona que pasaba días ajetreados en la vida social: vida en el servicio público, profesor universitario, trabajo en la iglesia, y cargos directivos en organizaciones de la sociedad civil y asociaciones literarias, entre otros. Mientras llevaba una exitosa vida social con 3 títulos de grado, 2 de máster, y desempeñándome como doctor, profesor guía de máster y alto cargo de nivel de viceministro, contraje una enfermedad de la piel, que finalmente se extendió por todo el cuerpo desde las plantas de los pies hasta la punta de la cabeza; para su tratamiento, a lo largo de 4 años entregué mi cuerpo enfermo a 7 médicos (3 médicos de medicina oriental y 4 dermatólogos), y durante ese tiempo los gastos en toda clase de remedios populares y tratamientos hospitalarios fueron enormes, pero sin mejoría, solo entrando en un camino de empeoramiento.

Entonces, un empleado de nuestro hogar de ancianos me dijo: «Mi esposo sufrió de cáncer de hígado, pero tras ingresar en Betel se recuperó por completo y ahora ha regresado como director de escuela y vive bien», y me recomendó: «Señor presidente, vaya también a ese lugar». Ante mi enfermedad de la piel que se había extendido desde las plantas de los pies hasta la cara, u---

Sentí una sensación de crisis y, queriendo agarrarme incluso de un hilo de paja, lo dejé todo y me interné en este lugar.

¡Oh, qué asombroso!

Siguiendo las palabras del director Choi Cha-sun, comencé la dieta de frutas, y tras unos 5 días empezó a producirse un cambio extraño en mi cuerpo. En el pecho, la espalda, el cuello y la cabeza comenzaron a alternarse hinchazón como de mijo, dolor y picazón, atormentando todo mi cuerpo. Por un instante pensé: "¿No me habré equivocado al venir aquí? ¿Por qué me pasa esto?", y la preocupación me invadió de golpe. Sin embargo, solo después de escuchar al director decir que este fenómeno era una «reacción de mejora» me tranquilicé, aunque la duda no desapareció del todo. Entonces, unos 3 días después de la «reacción de mejora», la cabeza, el cuello y el pecho, que ardían como un horno,

se fueron estabilizando poco a poco, y mientras la piel hinchada volvía a su lugar, la piel muerta comenzó a desprenderse de manera escalofriante. Este fenómeno se mantuvo durante varios días; al despertar, todo el suelo de la habitación estaba blanco como si se hubiera esparcido harina, y al salir al balcón y frotarme la cabeza y la espalda, todo el balcón parecía cubierto de nieve blanca. Esto continuó durante varios días.

Ahora la picazón y la hinchazón del rostro fueron encontrando poco a poco su lugar, y el cuello, que parecía piel de elefante, y la parte posterior de la cabeza se volvieron gradualmente suaves. Durante ese tiempo, no podía soportar la picazón en la nuca, la cintura, y las piernas y los brazos enteros, por lo que tenía que levantarme 3 o 4 veces incluso durante el sueño; la costra que apenas se había estabilizado volvía a desprenderse, brotaba sangre y supuraba pus por todas partes, y debido a la enfermedad de la piel en la nuca, al despertar, muchas veces la almohada estaba empapada de sangre y pus.

Pero finalmente comenzaron a ocurrir cosas asombrosas en mi cuerpo. Todavía recuerdo este hecho como «el milagro de mi cuerpo». ¡La sangre y el pus que continuaban sin cesar se detuvieron en un momento! Además, el cuello que parecía piel de elefante se volvía gradualmente suave, y la piel del pecho, que parecía cáscara de mandarina, se estaba volviendo lisa. Verdaderamente, ¿no estaba ocurriendo algo asombroso ante mis ojos?

Sin darme cuenta, estaba exclamando: «¡Oh, qué asombroso! ¡El poder omnipotente de Dios!».

En la habitación de al lado, un abuelo de Geoje que había llegado aquí rechazando la radioterapia del médico por un cáncer de pulmón terminal, al ver el milagroso suceso de que dos tercios del tumor de cáncer de pulmón desaparecieron en apenas 28 días, dijo con envidia: "¿Podré yo también curarme así?", y ese milagro me ocurrió a mí, así que me alegré como si el mundo entero fuera mío.

Que yo era un pecador…

Durante mi vida en este mundo, mientras me esforzaba en la vida de fe y en la vida de servicio, me enorgullecía de ser, a mi manera, un «buen cristiano». Pero aquí, al escuchar las palabras de la Biblia cada mañana, me di cuenta de cuán grandes pecados había cometido ante Dios. Esta comprensión fue un gran acontecimiento que no había logrado entender en 61 años como creyente desde el vientre materno. Es decir, que Dios me creó y dijo «y vio Dios que era bueno en gran manera», que Jesús habita en mí, por lo que mi cuerpo es un templo santo, y por tanto, cuán precioso es mi cuerpo y qué instrumento para hacer obras dignas ante Dios; esta asombrosa verdad, ¡ah!, esta verdad que no conocí durante 61 años.

Comenzó a invadirme un sentimiento de autorreproche: "No solo robar, mentir y asaltar son pecados; este cuerpo que Dios me dio, este instrumento de justicia que hasta ahora he maltratado así y he arruinado con la glotonería, ¡dónde puede haber pecado mayor que este! ¿Cómo podría hacer la obra del Señor, administrar un hogar de ancianos y vivir la vida social con este cuerpo?".

Me postré en la iglesia y me arrepentí ante Dios. «Señor, yo, en mi ignorancia, usé a mi antojo este precioso cuerpo que Tú me diste. Me arrepiento de este gran pecado de haber vivido 4 años entero dominado por la enfermedad. Señor, perdona mis pecados y ayúdame a tener un cuerpo limpio para manifestar la gloria del Señor a todos.» Así, junto con mi esposa, ofrecí una ferviente oración adorando en la iglesia.

¡La alegría de un beneficio quíntuple!

Unos días antes del alta, a través del sermón del director Choi Cha-sun, tuve otro arrepentimiento y otra comprensión.

En mi vida, había algunas personas entre aquellas a quienes ayudé a las que nunca pude olvidar por su ingratitud, y las tenía grabadas en mi corazón. El que se quedó con varias decenas de millones de wones de mi dinero, el que recibió un favor decisivo y fue ingrato, el que mancilló mi persona y mi honor con calumnias y difamación, el que me sometió a duras torturas cuando luchaba por la democratización para eliminar el poder de la dictadura militar... Estas personas

nunca fueron objeto de perdón para mí, y estaba firmemente decidido a hacerles pagar sin falta.

Pero al escuchar el sermón, me di cuenta de cuán vano era esto y cuán directamente contradecía las palabras de Jesús. Sentí profundamente que lo que se arruinaba con esto era más bien mi cuerpo y mi mente, y que como cristiano era algo absolutamente indeseable.

"Perdonemos todo. ¡Olvidemos! Si nos encontramos la próxima vez, más bien sonriamos y tratemos con ellos. ¿Acaso Jesús, incluso colgado en la cruz, no se compadeció de sus enemigos y oró por ellos? ¿Acaso Esteban tampoco oró por quienes lo mataban? Yo, que vivo guardando ese rencor, ¿puedo acaso llamarme cristiano?"

Tomé la mano de mi esposa, que adoraba conmigo, y le hice una señal de que "ahora voy a olvidarlo todo y vivir", y ella también me respondió con una sonrisa. Mientras mi esposa me enviaba una alabanza silenciosa que decía "querido, lo hiciste muy bien", nos tomamos fuertemente de la mano. Yo me curé de la enfermedad, perdoné a mis enemigos, conocí otro pecado relacionado con la comida, y ahora recibí el gran regalo quíntuple de salir y enseñar esta alegre mesa a los empleados y a la familia, presentar y guiar este lugar a los pacientes cercanos.

¡Cuán grande es el amor del Señor!

Ahora voy a vivir presentando esta alegre noticia, el método de sanación de Dios, a todos los que me rodean. Esta misión la estableceré como la prioridad entre todas las cosas que actualmente hago, y saldré por la gloria de Dios.

¡Oh, cuán grande es el amor de Dios!

«¡Señor, al pensar en esta gracia que no podré pagar en toda la vida, las tribulaciones de los últimos 4 años se han convertido más bien en gratitud y alegría! ¡Oh Señor, cuán grande es Tu amor!

¡Aleluya! ¡Aleluya!»

Cáncer de colon terminal - Kim

Al pensar en hace 14 años, cuando el cáncer de colon se había metastatizado hasta el ano y los ganglios linfáticos y recibí el diagnóstico de una vida de solo 3 meses, debatiéndome en la enfermedad mortal, todavía hoy me estremezco como si despertara de una pesadilla.

Sin embargo, las palabras de Dios que escuché a través del seminario de salud del director Choi Cha-sun mientras vagaba por el valle de sombra de muerte fueron una experiencia indescriptible para mí.

En un escalofrío y conmoción que parecían engullirme por completo, mi alma fue cautivada por una fuerza invisible, fuerte y poderosa, que experimentaba por primera vez en mi vida, y allí mismo caí de rodillas y derramé lágrimas de arrepentimiento sin fin.

"¿Qué clase de médico soy yo? Aunque la gente debe comer para vivir, no sabía qué ni cómo debía comer, y he vivido sin saber dónde estaba la respuesta. ¡Todo lo que he vivido hasta ahora no ha sido acaso una vida vivida al revés!"

Desde entonces, mi vida comenzó a cambiar.

Los valores cambiaron y la cosmovisión comenzó a cambiar.

El cuerpo se volvió ligero, la mente clara, el dolor del cuerpo desapareció, y sentía ganas de volar como si me hubiera librado de todas las cargas.

Como si me hubiera liberado completamente de la enfermedad mortal, solo brotaba esperanza.

Desde entonces, comencé a estudiar la Biblia y la medicina desde una perspectiva completamente nueva.

La medicina terapéutica que recibí entonces era la medicina celular desde Hipócrates, la medicina del qi desde Shennong, Fuxi y el Emperador Amarillo, y la medicina de las constituciones de Sasang de Lee Je-ma, que es la medicina del alma; era una medicina de una dimensión completamente diferente que no había experimentado en ninguna de ellas, y era precisamente la «medicina de la vida»,

en la que «el Creador sana». Estoy convencido de que esta medicina se consolidará en el futuro como la «medicina del futuro».

Infarto de miocardio - Kim

Una mañana, camino al trabajo en coche, de repente el pecho se me oprimió y me desplomé allí mismo. No podía respirar y no se me ocurría nada. Pasaron unos minutos en los que no podía hacer nada con mi cuerpo, y afortunadamente la respiración volvió. Al darme cuenta de que había un problema en el corazón, no fui a la empresa sino directamente al hospital, donde me sometí a un chequeo completo desde las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde. El resultado del examen reveló que mi enfermedad era angina de pecho. Como no sabía qué era esa enfermedad de nombre incluso desconocido, le pregunté al médico qué clase de enfermedad era, y el médico me dijo que en el corazón hay 3 vasos sanguíneos y que estos estaban obstruidos. Me explicó que la sangre debe circular sin problemas, pero como los vasos estaban obstruidos y la circulación sanguínea no funcionaba bien, se producía el fenómeno de falta de aire y opresión en el pecho. Luego me dijo que primero intentaríamos tratamiento con medicamentos y me recetó unos fármacos. Así, ese día volví a casa con una bolsa de medicina, pero después de tomarla comenzó a dolerme la cabeza. El dolor de cabeza era tan insoportable que no podía tomar el medicamento. Así que al día siguiente llamé al médico y le dije que no podía tomar el medicamento porque me dolía la cabeza, y me dijo que tomara solo la mitad. Así que partí el medicamento y tomé solo la mitad, pero el dolor de cabeza seguía sin desaparecer. Por eso volví a preguntar al médico, y me dijo que era porque los vasos que estaban contraídos se habían dilatado. No solo los vasos del corazón se dilataron, sino también los vasos del cerebro, y por eso me dolía la cabeza.

Después de tomar el medicamento durante unos días, fui a otro hospital y me hicieron de nuevo las pruebas, y allí me diagnosticaron infarto de miocardio. Me propusieron hacerme una angioplastia, un procedimiento para dilatar los vasos obstruidos.

La mañana del día del procedimiento, me invadió el miedo ante el hecho de que debían abrirme el cuerpo con un cuchillo. Así que me arrodillé y oré a Dios. «Dios, verdaderamente he vivido mal la vida hasta ahora. Ahora he contraído una enfermedad mortal y estoy en gran sufrimiento; por favor, sáname de esta

enfermedad. Ayúdame para que el procedimiento de hoy se complete sin problemas.» El propósito de mi oración esa mañana era que Dios interviniera en el procedimiento y diera poder a los médicos para que los vasos obstruidos se abrieran fácilmente.

Probablemente, si ese día me hubiera sanado así, no habría habido ninguna posibilidad de que me convirtiera en adventista del séptimo día.

Finalmente entré al procedimiento, y tras la anestesia parcial me tumbé en la mesa de operaciones y observaba el monitor. Vi que una aguja en forma de flecha insertada en la arteria de la parte superior de la ingle del muslo subía hacia arriba. Pero al llegar al pecho, golpeó y, con un pinchazo, ya no pudo seguir subiendo. Así pasaron 2 o 30 minutos, y yo me iba poniendo cada vez más somnoliento. La presión arterial cayó hasta 50-40, y los médicos finalmente suspendieron el procedimiento. Al día siguiente el hospital me dijo que me diera el alta. Habían intentado hacer el procedimiento para abrir los vasos obstruidos, pero como tampoco funcionó, en esa situación la mejor opción era abrir el pecho, cerrar los vasos obstruidos y conectar un vaso tomado de otra parte. Yo dije que me sometería a la cirugía, pero el hospital dijo que para esa operación yo era todavía demasiado joven y no me la practicaron.

Entonces yo tenía 52 años.

Mientras tanto, la pareja de mi cuñada menor vino de visita a nuestra casa, y mi concuñado me dijo que la cirugía la dejara para el final y que fuera al lugar que él recomendaba. Pero, no sé por qué, el lugar que él recomendaba me daba la sensación de ofrecerme alguna esperanza.

Así, por la presentación de mi concuñado, llegué al Centro de Retiro Betel. Llegué con el sentimiento de agarrarme incluso de un hilo de paja, sin saber nada de qué clase de lugar era este, cómo trataban, ni quién era el director Choi Cha-sun.

El primer día que llegué al Centro de Retiro Betel, cuando comencé la entrevista con el director Choi, él me preguntó por qué había venido, y le dije que había venido porque tenía una enfermedad mortal, no podía respirar y el pecho

se me oprimía y dolía muchísimo. Entonces el director dijo: «Señor, eso no es una enfermedad mortal.» Yo había venido con una enfermedad mortal, pero el director decía que esto no era una enfermedad mortal. Después de eso, desde esa noche hice ayuno de frutas durante cuatro días. Y escuché las conferencias en la iglesia por la mañana y por la tarde, y el director dijo que «si uno encuentra a Jesús, vive». Yo había asistido a la iglesia, pero solo llevaba la Biblia de un lado a otro sin una vida relacionada con Jesús, y al escuchar que debía encontrar a Jesús para vivir, sentí curiosidad por cómo podría encontrarlo. Entonces me vino a la mente el versículo de Juan 14:6: «Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.» Esta palabra me hizo comprender que yo había vivido sin saber el camino que debía seguir en la vida.

Unos diez días después de eso, una mañana, mientras me lavaba la cara y me secaba con la toalla, al ver mi rostro reflejado en el espejo, tenía un rubor como el de un niño de tres o cuatro años y la piel estaba extraordinariamente clara. En ese momento pensé: "Mi sangre se está limpiando. Mi sangre se limpia gracias a la comida que tomo aquí, y si sigue fluyendo y fluyendo, algún día los desechos acumulados en mis vasos se desprenderán y finalmente los vasos se abrirán." Así, tras vivir un mes en el Centro de Retiro Betel y aprender las formas de vivir saludablemente, regresé a casa.

Al volver a casa, busqué la Iglesia Adventista del Séptimo Día y recibí el bautismo. Y viví según lo que había aprendido en el Centro de Retiro Betel.

Desde algún día, dejé de tener dolor hasta el punto de olvidar que había sido un paciente, y los rastros de la angina de pecho desaparecieron. Las personas a mi alrededor me decían que la enfermedad cardíaca es peligrosa y me preguntaban si no tomaba medicamentos ni iba al hospital, y me sugerían que fuera al hospital a hacerme pruebas por si acaso. Pero yo decía que como no tenía dolor ni me dolía, no había anormalidad en mi cuerpo y no necesitaba hacerme pruebas, y que Dios seguramente había abierto los vasos obstruidos o había creado otros vasos al lado de los obstruidos, construyendo una autopista, y no fui al hospital.

Así, desde que fui al Centro de Retiro Betel, mantuve tal salud que no tuve necesidad de ir al hospital en absoluto.

Mientras tanto, el año pasado, por primera vez en 20 años, fui al hospital a hacerme pruebas.

Me hospitalizaron durante 3 días y me hicieron un chequeo completo; al ver las imágenes, los vasos que antes estaban obstruidos estaban cerrados y no se usaban. En su lugar, la sangre fluía por 2 vasos nuevos que habían crecido al lado. Mi corazón estaba en un estado tan saludable que los médicos me dijeron que no debía preocuparme en absoluto por el corazón.

Ese resultado fue la confirmación científica de lo que yo había contado durante los últimos 20 años mientras vivía mi fe como miembro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y fue una oportunidad para confirmar con mis propios ojos lo que había estado diciendo.

La mañana del día del procedimiento hace 20 años, yo, con miedo, oré a Dios pidiendo que el procedimiento se realizara con éxito y que los vasos obstruidos se abrieran. Pero, como dice Isaías 55:8-9: «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos», el plan de Dios era diferente de mi plan.

Cuando el procedimiento fracasó ese día y volví a casa, me desesperé.

Pero Dios preparó un camino mejor y más seguro para que yo pudiera ir al Centro de Retiro Betel, y a través del director Choi Cha-sun conocí a Jesús, y hasta ahora he podido vivir tranquilamente con un cuerpo saludable dentro del poder de Dios. Creo que Dios me salvó para dar a conocer, a través de mí, que Él es el sanador.

El médico puede sanar a una persona operando con el cuchillo, pero no puede hacer que uno encuentre a Dios y obtenga la salvación. Pero cuando el paciente encuentra a Jesús, llega la sanación integral. Jesús no solo sana completamente

las enfermedades físicas, sino que es quien puede resolver completamente todos los problemas que surgen a lo largo de nuestra vida.

Este año tengo 72 años y ya no me queda mucho tiempo para poder actuar activamente. Quiero dedicar el resto de mi vida a presentar a Jesús, que amó a la humanidad, vino a esta tierra, murió colgado en la cruz pagando el precio de nuestros pecados y preparando el camino para vivir eternamente con Él, a las innumerables personas que mueren sin esperanza. Conocer a Jesús es la mayor bendición que se puede recibir en este mundo.

Deseo que todos los que lean este escrito encuentren a Jesús, que es la vida y la fuente de bendición, reciban la sanación de las enfermedades a través de Su poder, y sean usados en buenas obras para dar gloria a Dios y ser alegría para sus semejantes.

Enfermedad de los enemigos - China, Kang

Hoy es el día 23 desde que llegué desde Hangzhou, China, a este lugar.

Antes de venir, durante tres años y medio recorrí muchos hospitales por hipertensión, angina de pecho y fibromialgia, cambiando innumerables veces los medicamentos que decían ser buenos, y especialmente la enfermedad en la que todo el cuerpo dolía y punzaba, sin un nombre claro ni un método de tratamiento, la sobrellevaba tomando solo analgésicos, y debido a la tolerancia a los fármacos, cada vez en mayores cantidades y con intervalos cada vez más cortos, sin poder dormir si no los tomaba; vivir en ese sufrimiento me iba agotando cada vez más. Mientras tanto, por recomendación de las personas a mi alrededor, vine para hacerme pruebas y recibir tratamiento en un gran hospital de Corea.

El resultado del examen en el Hospital de la Universidad Konkuk fue «fibromialgia», y decían que había que tomar medicamentos durante 3 años y que la tasa de curación era del 30%, así que comencé a tomar la medicina con la esperanza de que quizás yo pudiera pertenecer a ese 30%. Cuando tomaba la medicina, el dolor se aliviaba, pero era un analgésico que hacía que la cabeza quedara aturdida, con somnolencia, sin apetito ni energía, obligándome a vivir así. Aferrarme a una medicina sin ni siquiera la mitad de esperanza y tener que vivir así era verdaderamente desalentador y no veía esperanza. Mientras tanto, mi hijo me presentó este lugar y llegué hasta aquí.

Al llegar aquí, era un lugar verdaderamente hermoso. Antes de irse dejándome aquí, mi hijo me tomó la mano y me dijo: «Madre, aquí probablemente le dirán que no tome los medicamentos que trajo si es posible; téngalos con tranquilidad y haga lo que le digan.» Me puso en la mano la Biblia que él leía y me dijo: «Léala cuando tenga tiempo», y se fue.

Pensé: "Qué centro de retiro tan peculiar, ¿cómo van a tratar la enfermedad sin tomar medicamentos?", y al entrar a la habitación les pregunté a los pacientes que habían llegado antes si de verdad no tomaban medicamentos. Me dijeron que sí, de verdad.

Por la noche escuché la primera conferencia del director. La palabra era muy tranquila, pero su dignidad y sus palabras llegaron profundamente a mi corazón, y sentí que era una persona digna de confianza.

Renuncié a los medicamentos y seguí con empeño todos los programas como me indicaron: dieta de frutas, agua, ejercicio, conferencias por la mañana y por la tarde... Al perder 4-5 kg de peso de golpe, el cuerpo se volvió mucho más ligero, la angina de pecho que solía atacarme con frecuencia por la noche ya no mostraba ninguna reacción, y la cabeza estaba muy clara, así que no había necesidad de preocuparse por la hipertensión, y el síntoma de punzadas y dolores en todo el cuerpo se fue aliviando gradualmente, y ahora casi no tengo síntomas. A medida que esto ocurría, la preocupación por la enfermedad fue desapareciendo cada vez más, y al entrar las conferencias del director en mi cabeza, toda mi atención se concentró en Jesús. No parecía una paciente que había venido a curar una enfermedad, sino una estudiante que había venido a escuchar la palabra. Al darme cuenta de que Dios existe y sentir poco a poco el amor de Jesús, quería escuchar más la palabra, leer más libros, y repetía las palabras de la Biblia que acompañaban las conferencias y también oraba. Finalmente, en mi corazón surgió la convicción: "¡Ah, esta es la verdad absoluta. Aunque lo deseche todo, esto es lo que debo aferrar sin falta, y aunque no pueda hacer todo lo demás, esto es lo que debo hacer con empeño en mi vida!"

Pensaba que era una vida miserable, abandonada por mi esposo, viviendo solo en injusticia hasta enfermar y morir sin remedio, pero ver una nueva meta clara y sentir que había encontrado lo que debía hacer en el resto de mi vida era verdaderamente bueno. Por eso me salía una y otra vez la oración: «Gracias. Gracias.» Ya fuera paseando o acostada, los pensamientos se multiplicaban y llegué a preguntarme: "¿En qué me equivoqué?". Yo, que me sentía orgullosa de haber vivido con esfuerzo y conciencia, tuve el pensamiento: "¡Soy una pecadora!", y la duda de por qué debía arrepentirme se fue resolviendo poco a poco, y finalmente comprendí que mi enfermedad era una enfermedad del corazón, una enfermedad acumulada por el odio, una enfermedad nacida de un corazón sin amor: celos, envidia, odio, ego, etc. También comprendí que esta

enfermedad solo Dios puede sanarla, y que para sanar esta enfermedad debo abrir mi corazón, aceptar la voluntad de Dios y obedecer Su palabra para poder liberarme de la enfermedad. Así que comencé a buscar mis pecados, y estos comenzaron a salir en montones uno tras otro, y no tuve más remedio que bajar la cabeza. Entre ellos, lo que más me pesaba era el pecado de haber impedido que mi hijo tuviera fe y haberlo enviado a estudiar al extranjero a la fuerza; pensé que ese era el mayor pecado ante Dios. Mi hijo había estudiado en la Universidad Sahmyook de Rusia y, al volver, vivía su fe con empeño y cuidaba los asuntos de la iglesia, pero yo, descontenta con ese hijo, lo envié a la fuerza al extranjero para que estudiara otra cosa por todos los medios. Mi hijo, hasta ahora, sin resentirse con esa madre, conservando esa fe, me guio hasta aquí deseando que su madre decidiera por sí misma. Yo subí al monte por ese camino y pedí perdón a Dios, y llamé a mi hijo por teléfono: «Hijo, lo siento. Por favor, perdona a tu madre. Y gracias por traerme hasta aquí. Ahora la enfermedad ha sanado por completo.» Hice un arrepentimiento así. Por primera vez le dije a mi hijo las palabras: "Lo siento mucho."

Además, mi enfermedad realmente la contraje por esa "enfermedad del rencor", y la cuestión era cómo perdonar al esposo que hace 20 años me abandonó a mí y a nuestros dos hijos. Se hizo evidente que perdonar es para mí, es para mi propia vida, y es algo que agrada a Dios. También es claro que el odio y la venganza son originalmente de Satanás y no son lo que Dios desea, pero ¿cómo debía aceptar las palabras «Ama a tu enemigo»?

Sin embargo, un día, las palabras tan serias del director sobre "tres métodos para no estresarse" perforaron mi corazón angustiado. Cuando cambié mi corazón para perdonar a esa persona, mis propias faltas se hicieron más grandes, esa persona que ahora está en dificultades me dio lástima, y al pensar: "¡Si yo hubiera conocido a Dios antes, no nos habríamos convertido en enemigos!", sentí como si una gran piedra que oprimía mi corazón se desprendiera con un golpe y quedé aliviada. Y llegó la convicción de que desde ahora no sufriría más aferrándome al pasado.

Aunque fue poco tiempo, las impresiones recibidas son realmente muchas.

Lo que más agradezco de haber venido aquí es haber comprendido que el Dios vivo hoy también está trabajando junto a nosotros y por nosotros, y qué es lo que Él está haciendo.

También agradezco haber encontrado esta buena y verdadera verdad que enseña una fe segura, con tanta bendición. Yo también, de ahora en adelante, con una actitud de humillarme hasta lo más bajo, me esforzaré por seguir al Señor.

Por último, estoy muy agradecido con el director y con todos ustedes que participan en la obra redentora de Dios que salva vidas moribundas aquí y que se esfuerzan por dar esta nueva vida, y cuando vaya a China también lo proclamaré ampliamente y, imitando al director, viviré el resto de mi vida siguiendo la voluntad del Señor. ❖

Estomatitis recurrente - Han

Vivo en Namyangju, provincia de Gyeonggi, tengo 60 años y asisto a la iglesia local.

En realidad, no es una enfermedad tan grave como para dar testimonio. Sin embargo, esta enfermedad era una carga demasiado pesada para mí, así que para curarla intenté tratamientos hospitalarios, medicina oriental y otros métodos, pero no sanaba y mi mente y mi cuerpo se marchitaban. El nombre de la enfermedad que padezco es, según el hospital, "estomatitis recurrente" (enfermedad autoinmune).

Si esta enfermedad se agrava, puede convertirse en una enfermedad rara llamada "Behçet", y esta enfermedad es realmente terrible, ya que causa inflamación en diversos órganos. Además, si la inflamación en la boca persiste mucho tiempo en un mismo lugar, es una enfermedad perversa que puede degenerar en cáncer.

Esta enfermedad comenzó siendo muy pequeña, apenas una ligera incomodidad al comer, pero con el tiempo fue creciendo poco a poco, y el ciclo de aparición de la inflamación se aceleró, pasando de un tamaño de un grano de arroz hasta, cuando vine aquí, el tamaño de una moneda de 1 won, y el dolor era verdaderamente insoportable. El ciclo de aparición de la inflamación al principio se trataba con medicamentos de 2-3 días del hospital, pero con el tiempo pasó a 5 días, una semana, diez días, quince días, y ahora, por más antibióticos que tomara sin límite, no sanaba y andaba rondando por la boca, apareciendo heridas e inflamación arriba y abajo, en las encías, en el paladar, en cualquier lugar, y la astenia que acompañaba a la inflamación realmente devastaba mi cuerpo y mi mente.

El dolor se puede aliviar un poco con la ayuda de analgésicos, pero la astenia no tenía remedio. El peso del cuerpo parecía pesar mil geun, así que no tenía más remedio que acostarme, y cuando lo hacía no podía levantarme durante días, y cuando la inflamación mejoraba, la astenia desaparecía como si nunca hubiera existido, y era una continua sucesión de círculos viciosos.

Al estar así el cuerpo, comenzaron a surgir problemas en varios aspectos de la vida. Económicamente tampoco era satisfactorio, y era difícil llevar a cabo los planes trazados. Como en la familia, en la iglesia y en las relaciones interpersonales muchas veces era difícil cumplir los planes establecidos, me irritaba en la vida, me ponía nervioso y me convertí en una persona negativa y propensa al enojo.

Así pasaron sin darme cuenta 20 años hasta llegar al día de hoy. Fueron tiempos que realmente ni siquiera quería pensar. Cuando la lengua en la boca me dolía intensamente por el dolor, hubo varias veces que me dieron ganas de cortar esa parte. Recientemente, como la inflamación no sanaba y pasaban más de quince días, me recomendaron hacerme una biopsia. Me hice la biopsia. El resultado de la biopsia no mostraba ninguna anomalía, pero el problema era el lugar donde se extrajo el tejido. Cosieron con dos puntos el lugar donde se extrajo el tejido, y el médico dijo que sanaría en unos tres días, pero lejos de sanar, empeoró gravemente, la zona afectada se agrandó, el dolor se intensificó, y los medicamentos del hospital ya no tenían efecto, y no había manera de hacer nada.

Me invadió el pensamiento angustiado de que "la medicina moderna que se jacta de su alto nivel ni siquiera puede controlar esta pequeña inflamación". La desesperación y la frustración comenzaron a levantar cabeza en mi corazón, y al mismo tiempo me sobrevino una sensación de fatiga intensa. Pensé que realmente quería descansar, pero era vago dónde podría haber un lugar así.

En realidad, como creyente conocía bastante bien el mensaje de salud y sabía cómo obtener descanso en el corazón. Sabía sobre los alimentos, los métodos de alimentación, los beneficios del ayuno y la educación que se practican aquí, pero en la práctica lo hacía de forma ecléctica: comía arroz integral pero a veces también arroz blanco, comía verduras pero tampoco rechazaba la carne, y el problema mayor era que comía mucho de la comida deliciosa y caía en la saciedad por comer en exceso, era una persona necia. Sin la sabiduría de negarme a mí mismo en respuesta al amor fiel de Dios, era solo un creyente y miembro de iglesia de apariencia.

La falta de ejercicio, la alimentación desequilibrada y el comer en exceso llevaron mi salud hasta este punto. Sin embargo, a pesar de llevar este estilo de vida que es la causa de la enfermedad, neciamente no lo comprendía y solo desahogaba mi descontento contra el mundo por dentro y me quejaba contra el cielo. Pienso que si hubiera buscado a Dios con corazón sincero en el momento de buscarlo, no habría escrito este vergonzoso texto. El sufrimiento que me acompañó durante 20 años, ahora había llegado a un callejón sin salida.

Sin embargo, Dios no abandonó a esta persona que estaba de pie en el callejón sin salida, y abrió el camino para que eligiera este Betel Sanatorio. En realidad, antes de decidir este lugar, pensaba descansar de forma vaga en algún lugar cercano a casa.

Ahora lo pienso. Hay tres cosas bien elegidas en mi vida: una es mi amada esposa, la segunda es haber aceptado la fe en el transcurso de la vida y servir al Dios Creador, y la tercera es haber elegido el Betel Sanatorio en el callejón sin salida de mi camino vital. Estoy verdaderamente agradecido con el Betel Sanatorio por brindarme la oportunidad de restaurar mi cuerpo y mi mente.

Incluso cuando decidí venir aquí, más que la convicción de la recuperación, tenía un sentimiento vago de "bueno, habrá que intentarlo", y este sentimiento es también la prueba de que yo estaba vivo. Aunque estando vivo no lograba nada, no me era fácil abandonarme.

Cuando llegué frente al sanatorio había un monumento de piedra que me recibía, y al levantar la vista y mirarlo, era la palabra: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar». Con ese solo versículo mi corazón se aflojó un poco. Sentí una calidez, por así decirlo.

Después de que me asignaran la habitación, desde el principio comí frutas, bebí mucha agua, escuché la palabra, dormí... Durante 2-3 días comí y dormí, comí y dormí, así lo hice. Cómo me daba tanto sueño.

Desde el tercer día recibí en el cuerpo la señal de que debía moverme, así que comencé a moverme, y desde entonces el dolor en la boca fue desapareciendo poco a poco y la inflamación también comenzó a reducirse.

Las conferencias matutinas y vespertinas del director eran conferencias que me hacían darme cuenta de cómo había vivido mal, de que sabía y no practicaba, y no sé cuánto me avergoncé de mí mismo. En medio de la vergüenza llegué a comprender más profundamente el amor de Dios, y llegué a asir con certeza los méritos y el amor de la cruz de Jesús, que por mí, por el pecador, fue colgado en la cruz y murió para pagar el precio del pecado.

Ahora mi pesada carga se aligera poco a poco. Las cosas se ven poco a poco de manera diferente. Como el corazón está ligero, los pasos en el paseo también eran ligeros. En la vida pasada, los problemas familiares que se habían convertido en carga para mí, los nudos enredados en la iglesia y en el mundo, se desataron, y los problemas difíciles pasaban como un caleidoscopio por mi mente mientras se resolvían lentamente. Me asombró muchísimo que se resolviera tan fácilmente. Pero esto no fue algo que yo hice, sino algo posible porque puse todas las cargas pesadas a los pies de Jesús.

Ahora han pasado exactamente diez días, y la inflamación en la boca que era tan fastidiosa desapareció sin dejar rastro, y en la fea cicatriz ha comenzado a brotar carne nueva.

¡Ah! He recibido el poder de la recuperación. No solo la recuperación del cuerpo, sino que se me ha concedido abrir los ojos del espíritu, y he tenido la experiencia de confirmar incluso la esperanza de la vida eterna.

«Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá» (Hebreos 10:37)

Con la esperanza de la segunda venida de Jesús asida con certeza en el pecho, contemplo la ciudad celestial. Más que agradecer por la sanación de la enfermedad, terminaré este escrito agradeciendo más la gracia de haberme hecho confirmar la esperanza de la vida eterna.

Las palabras de Jesús «Tus pecados te son perdonados» eran palabras de sanación y restauración.

Por último, agradezco al director que ayuda a los pacientes con la palabra de vida en el huerto de Betel, y a todos los que sirven. ❖

Dermatitis atópica - Kim

Antes de venir al Betel Sanatorio, mi dermatitis atópica estaba en un estado muy grave.

La dermatitis atópica que me atormentó durante unos 3 años fue empeorando cada vez más con el paso del tiempo. Recorrí dermatólogos famosos y después me traté en el Hospital de la Universidad Nacional de Seúl, pero cuando tomaba los medicamentos recetados y recibía las inyecciones, los síntomas parecían mejorar durante unos días, pero luego me dolía el estómago y me sentía sin fuerzas, y al suspender la medicación volvían a aparecer, era una continua sucesión de círculos viciosos. Cuando estaba grave, me brotaban furúnculos en la cara, las orejas, el cuero cabelludo y todo el cuerpo, y no podía soportar la picazón, así que al empezar a rascarme se caían las costras y fluía líquido, las orejas quedaban pegadas por el líquido y por la mañana apenas las despegaba con agua y seguía sangrando... Los medicamentos dermatológicos originalmente dan sueño y son sedantes que mantienen dormido, pero por la noche me rascaba sin parar y no podía conciliar el sueño, y la manta, la almohadilla y la almohada estaban llenas de manchas de sangre, y esta lucha diaria y repetida contra el líquido realmente me agotaba. Como yendo diligente al hospital los síntomas parecían mejorar, el día que me hacía la permanente o el tinte, el cuero cabelludo se hinchaba como si me hubieran picado abejas, los ojos se salían y la cara se hinchaba como la de una mujer que acaba de dar a luz, y todos los que me veían se asombraban, incluso el médico se asombraba y me prohibió terminantemente hacerme permanentes o tintes, pero el no hacérmelos no mejoraba los síntomas. Como resultado de tomar medicamentos para la piel durante 3 años, el cuerpo estaba siempre hinchado, y para quitar esa hinchazón tomaba otros medicamentos, y la calidad de mi vida disminuyó notablemente y llegué incluso a la depresión, y vivía cada día diciendo que no quería vivir, derramando basura de irritación y nerviosismo sobre mi esposo, cuando escuché la historia de un hermano de la iglesia que se había curado en el Betel Sanatorio.

Ese hermano tenía cáncer de próstata en fase terminal, y mi hermano menor me transmitió la historia de que al estar un mes aquí se había fortalecido física y espiritualmente, y me insistió tanto que si yo también iba sanaría, que vine.

En una parte de mi mente predominaba el pensamiento de que la dermatitis atópica es una enfermedad bacteriana y que había que tomar antibióticos, y que no sanaría solo con cambiar la dieta, pero pensé que al venir aquí, separada del mundo, tendría tiempo para reflexionar sobre mí misma.

En realidad, conocí a Jesús porque la escuela a la que asistí en la preparatoria era de una fundación cristiana, pero al conocer a un esposo no creyente, casarme y criar a los hijos, no pude llevar una vida de fe adecuada, y aunque me mezclaba con la gente del mundo y vivía inmersa en ese mundo, por otro lado siempre tenía el pensamiento de que debía volver al Señor, y tenía una fe vaga de que algún día el Señor me recibiría por completo, pero el mundo seguía siendo dulce, y abandonarlo no era tan fácil.

Aunque a veces no lograba concentrarme por completo en las conferencias matutinas y vespertinas, bajo la guía del director me aferré mucho a la palabra aquí. Las palabras de Juan 14:13-14: «y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré» me llegaron.

Terminar con las cosas mundanas, esta maligna dermatitis atópica que apareció en mi cuerpo, no que algunas cosas sí y otras no, sino que cualquier cosa que pidamos nos la concede, ante esta palabra de repente brotaron lágrimas.

Se dijo que el arrepentimiento es apartarse del camino equivocado, y al pensarlo, comprendí que la enfermedad de este cuerpo también era el resultado de haber vivido mal y comido mal, y que era un proceso para encontrarme con el Señor.

Cuando vine aquí, estaba tan hinchada que en dos días aumenté 3 kg de peso, hinchada como un búho, que no se distinguía si era persona o animal. Sin embargo, a los 20 días de haber llegado, la dermatitis atópica que tanto me

atormentaba se limpió hasta un punto increíble, y el peso también volvió a la normalidad.

Siempre tenía las manos en la cabeza o en la espalda, las piernas, los brazos, rascándome, y un día, rascándome y rascándome, pensé que si no fuera por estos dedos las heridas serían menores, y sentí ganas de cortarme los dedos, pero en algún momento vi que ni el cuero cabelludo, ni la cara, ni la espalda, ni ninguna parte del cuerpo me picaba. Me entrevisté con el director, hice un día de ayuno, diez días de dieta de frutas, y una semana de dieta de transición. El aire limpio, la luz del sol, el ejercicio adecuado que el director siempre mencionaba, y lo más importante de todo, el encuentro con el Señor. Esto era el evangelio. Cuando decimos "evangelio" sabemos que esa palabra significa "buenas noticias". Agradezco al Señor que en este sanatorio esté el evangelio espiritual por el cual el Señor expió nuestros pecados por nosotros y nos dio nueva vida, y el evangelio físico que libera de las enfermedades del cuerpo.

Cuando la gente me dice que la dermatitis atópica es una enfermedad leve y fácil de curar, como el dolor de una espina clavada bajo la uña que nadie más que uno mismo conoce, yo que he padecido la enfermedad de la piel durante 3 años no quiero volver a sufrir ese dolor repetido de costras de sangre, líquido y picazón.

Realmente nunca más...

Otra cosa que he comprendido es que la gravedad o levedad de la enfermedad no tiene nada que ver con Dios, sino que es solo una cuestión de si creemos o no que el Señor nos sanará, y de si dependemos totalmente de Él o no. Las palabras del director también parecen decírnoslo cada vez.

Hace poco fui a una tienda de hanbok en el centro de Hadong, y la diaconisa de la tienda de hanbok, hablando de las palabras del director, dijo que el director desde antaño solo excavaba en el libro de la Biblia, y en el ámbito perteneciente al cielo es usado por el Señor en su ministerio para salvar muchas almas, mientras que ella solo excavaba en las cosas de la tierra, y por eso aún ahora no puede salir del ámbito perteneciente a la tierra, y sentí muchas cosas.

Oro para que el Señor more en este huerto, sane a muchos pacientes y que la mano de Dios que salva muchas almas esté siempre junto, y termino el testimonio.

Diabetes - Kim

Sapgyo-eup, Yesan, Chungcheongnam-do, es un pequeño pueblo flotando sobre una llanura vasta como el mar. Aquí se alza como un palacio la escuela secundaria Sapgyo. Pasé más de 20 años de servicio docente aquí, pero dedicado a una orientación vocacional tan severa que parecía aniquilar la humanidad, siento que trabajé más de 50 años. Las clases que comienzan a las 7 de la mañana se prolongan hasta la noche con tutorías, clases grupales y tutorías nocturnas. Cuando termina la orientación escolar, generalmente se acerca la 1 de la madrugada. Yo siempre era el profesor titular de la clase de orientación vocacional, el jefe de tercer año y el jefe del departamento de investigación. Siempre, dentro del gran plan de esta orientación vocacional, siendo el responsable general, tenía que preocuparme constantemente por cómo crear tiempo de estudio para los estudiantes sin dejarlos dormir. "El que ahorra tiempo triunfa. A partir de mañana, reduzcan las horas de sueño a 4 y elaboren un plan de estudio diario y entréguenlo antes de las 6:50 de la mañana." Para llevar a cabo esta orientación vocacional, yo mismo tenía que sufrir más que los estudiantes. Frente a la escuela estaba mi propia casa, pero no tenía tiempo para entrar en ella. Cuanto más se acumulaba la fatiga de la orientación vocacional, más buscaba solo cigarrillos y café. Llegué a fumar más de tres cajetillas al día, y el café lo bebía sin fin, 10 tazas, 20 tazas al día. A medida que esto ocurría, la cantidad de comida disminuía cada vez más.

Y un día, me desplomé durante la clase. Fui trasladado al Hospital de la Universidad Nacional de Seúl, donde me diagnosticaron infarto agudo de miocardio y me sometieron a cirugía cardíaca. Sin embargo, como la cirugía se realizó en un estado en que el cuerpo se había debilitado demasiado, no me recuperé y quedé en estado de coma, como un vegetal, postrado en la unidad de cuidados intensivos, y a los 20 días reviví milagrosamente. En ese momento supe que en mi cuerpo la enfermedad de la diabetes estaba clavada profundamente como un castigo celestial por el pecado.

Al momento del alta, mi peso era de 35 kg, y a mí, que ni siquiera podía caminar, el médico me advirtió: "La diabetes ha avanzado considerablemente,

tenga cuidado con la alimentación", y me anotó diversas precauciones. Pero yo, en ese momento, estaba tan feliz de haber sobrevivido que no consideraba la diabetes como una enfermedad. Y para fortalecer el cuerpo, hervía y tomaba medicina oriental, hervía y comía carne de perro y carne de res, y me esforzaba por recuperar la salud. Mientras seguía tomando los medicamentos para la diabetes que daba el hospital, la fuerza física se recuperó hasta cierto punto, pero la diabetes empeoraba cada vez más, me sobrevino una sed extrema, y no solo me llegó una glotonería que no conocía la saciedad por más que comiera, sino que se me cayeron todos los dientes y se hundieron. Ya sea sentado o de pie, solo bebía agua, así que me gané el apodo de "pez agua", y como al abrir los ojos tenía que comer algo continuamente hasta la hora de dormir, me gané el apodo de "insecto comedor". Sin embargo, para mí, más que el problema de ser "pez agua" o "insecto comedor", el problema era mi aspecto demacrado hasta el extremo debido al peso que disminuía cada vez más.

El sentimiento de autodestrucción que venía de mi aspecto demacrado, con una estatura de 165 cm y menos de 40 kg, atormentaba mi corazón. Llegué a evitar a la gente y no había nadie en el mundo que comprendiera la angustia de querer esconderme.

El destino que carga una persona así probablemente hará que incluso su alma se seque como una hoja seca. "¡Señor! No deseches esta vida marchita, guía el camino de este pecador."

Mientras tanto, habiéndome unido a la Iglesia Metodista, busqué a Dios movilizando mi escaso conocimiento de Dios. Realmente no sabía que la frase de que cuando una persona está a punto de morir busca a Dios al final sería mi situación.

Hacia las montañas, hacia las montañas del distrito de Gojeon, condado de Hadong, Gyeongsangnam-do... sin saber qué lugar era este, preguntando y preguntando, llegué.

¡Betel Sanatorio!

Este lugar, situado en la ladera soleada de la montaña, dicho en una palabra, parecía un lugar donde viven los inmortales. Fue una sensación como de estar hechizado por algo, pero tras intercambiar saludos con el director Choi, toda mi mente inquieta se despejó. La sensación de opresión que emanaba de su figura me aplastaba como mil geun. "Desde hoy haga la dieta de frutas." Las palabras del director me dominaron como las palabras de un ser absoluto. Comí unos trozos de fruta y celebré el culto vespertino. Comenzó la conferencia del director. Las palabras de verdad que llenaban el vacío y descendían se sucedieron.

El tiempo pasó en un instante, como si mis oídos bloqueados se abrieran de golpe.

¿Podré dormir esta noche tal cual después de comer solo unos trozos de fruta? La botella de agua estaba a mi lado, pero no había nada que comer. El miedo se adelantó, pero invocando a Dios en mi corazón me quedé dormido. A la mañana siguiente me desperté temprano. Con la mente excepcionalmente clara, un sentimiento de victoria por poder vivir comiendo así me llenó el pecho. "Gracias, Dios. Gracias por calmar mi apetito y permitirme recibir un nuevo día."

Dos días, tres días, cuatro días... Terminé la dieta de frutas en 4 días, y aunque pasé a la comida normal, seguía sin tener ganas de comer.

Cada día, escuchando la voz de Dios en las conferencias del director, sintiendo cerca al Dios que parecía tan remotamente lejano, llegué a hacer oraciones que nunca en mi vida había hecho con tanta sinceridad.

Hoy es el día 12 desde que entré al Betel Sanatorio, y me emociono al recibir los rayos de la sanación.

Ahora mi diabetes, que decían era incurable, ha desaparecido. La sed que bebía como un pez agua también desapareció. La comida que comía como un insecto comedor también se reguló. El peso también subió 3 kg. Cada día brotan nuevas fuerzas. Gracias, Dios.

"No hay enfermedades incurables, solo hay estilos de vida incurables."

"La esencia de Dios es el amor, y desea vivir eternamente sin separarse nunca de nosotros los humanos." Las palabras del director que decía en su conferencia me llegaron al corazón. Sé bien que la curación completa de mi enfermedad es la gracia de Dios realizada en la relación con Dios. Por eso, si en adelante descuido la relación con Dios, la diabetes reaparecerá.

Limpiaré mi corazón para que no haya descuido al recibir a Jesús, y viviré dando gloria al Señor.

Cáncer de hígado en fase terminal - Kim

Soy un hombre de 59 años que vive en Munsan-eup, Jinju, Gyeongsangnam-do.

Desde principios de marzo mi peso fue disminuyendo poco a poco y la piel de mi rostro se veía oscura. Sin embargo, no le di importancia y me concentré solo en el trabajo. Entonces, pasado abril y hacia mediados de mayo, de repente se me hincharon ambas piernas y al orinar salía espuma—enfermedad renal, etc. y por eso fui al hospital para un chequeo de diabetes, pero no tenía nada anormal.

Así pasó el tiempo y a principios de julio me hice un chequeo completo en el Hospital Universitario de Gyeongsang, en Jinju. El resultado fue que tenía líquido en el hígado, el estómago, los riñones y los pulmones. Mi cuerpo había desarrollado complicaciones. Sin embargo, en el hospital solo le dijeron a mi persona, es decir a mí, que el hígado no estaba bien, y solo a mi tutor le dijeron que era cáncer de hígado y que el tumor medía entre 7 y 8 cm, que no había forma de tratarlo y que me llevaran a casa.

El 7 de julio, día en que salió el resultado del chequeo, mi familia, diciendo que cada día era urgente, me preguntó: si iría al Hospital Universitario de Seúl para ser ingresado, o si iría al Centro de Retiro Bethel; me dijeron que decidiera entre uno de los dos lugares.

Yo conozco la situación de los hospitales mejor que nadie. Por eso vine a este Centro de Retiro Bethel. De hecho, cuando llegué al centro de retiro, yo era un paciente en estado crítico. No podía comer bien, mi cuerpo estaba demacrado, mi rostro no tenía color, y tenía ictericia y melasma, por lo que estaba oscuro; además, tenía líquido en la pleura, así que por la tos severa no podía hablar bien. Por la noche, al dormir y despertar, todo mi cuerpo sudaba frío y empapaba la ropa, y tenía fiebre y luego escalofríos, mi cuerpo definitivamente no estaba normal.

Además, desde hacía 3 años me había salido un bulto del tamaño de un cuenco en el hombro, y por eso mi brazo no podía moverse hacia atrás.

Cuando tuve la consulta con el director Choi del Centro de Retiro Bethel, él dijo que había que observar durante aproximadamente una semana. Después de terminar la consulta, seguí al máximo la prescripción de Dios tal como me la indicaban en este centro de retiro.

Yo era originalmente un budista devoto. Sin embargo, desde el primer día que llegué aquí, subí a la iglesia, elevé oraciones a Dios, canté himnos y acepté la palabra de Dios que el director me enseñaba en sus conferencias. Para mí, esas palabras se convirtieron en una gran esperanza.

En las conferencias del director, él decía que una persona no sana solo comiendo alimentos, sino que debe alimentarse de la palabra de Dios para que la enfermedad sane bien. Sin darme cuenta, me sumergí en esa palabra, y como la palabra de Dios me gustaba tanto, estos días estoy leyendo diligentemente la Biblia.

De repente, el sudor frío que fluía de mi cuerpo se detuvo y la tos desapareció. La orina también sale clara, y milagrosamente, el bulto del tamaño de un cuenco que tenía en el hombro se ha reducido por completo, quedando solo muy pequeño. La gente, al ver mi rostro, dice que tengo buen color y que he mejorado mucho. Cada día fuerzas brotan en mi cuerpo.

Ayer también fui al campo a trabajar. ¡Ah! Ahora que siento que vivo, quiero dar a conocer esta buena prescripción de Dios también a pacientes como yo, por eso escribo este testimonio.

Hoy es el día 26 desde que llegué a este centro de retiro.

¡Qué alegría que yo, estando vivo, escriba este testimonio para ustedes! Incluso mientras escribo esto, las lágrimas me nublan la vista. Todavía estoy en recuperación.

La próxima vez, les contaré mis experiencias tras obtener buenos frutos.

Depresión - Gu

Crecí en una familia budista, recibí educación, aprendí a llevar una casa, y luego conocí la iglesia. Por asistir a la iglesia sufrí mucha persecución, y para escapar de ese hogar decidí casarme. Mientras oraba tres veces al día, llegué a casarme con un esposo que vino de Canadá. Y en 1977 me fui a Canadá.

Pensaba que la vida de fe consistía simplemente en asistir diligentemente a la iglesia con celo y ser diligente solo en las tareas asignadas. Al cumplir 15 años de vida como inmigrante, me trasladé a Estados Unidos y cambié de profesión. Mientras vivía diligentemente trabajando como técnica dental, sentí que mi cuerpo tenía anormalidades diferentes a antes. Me sentía fatigada, agotada, con mucha irritabilidad, y las tareas de la iglesia se volvían cada vez más una carga y un peso; comencé a sentir escepticismo hacia todo.

Me hice un chequeo de salud y aparecieron síntomas de tiroides, osteoporosis, miomas uterinos, disminución de hemoglobina, depresión, hipertensión, hemorroides, y niveles bajos de glóbulos blancos y rojos. Me recetaron medicamentos, pero no podía tomar todos esos medicamentos. A la edad de 42 años, tomar todos esos medicamentos era realmente algo triste para mí. Porque supe que tendría que tomar esos medicamentos de por vida. Además, por los miomas uterinos tenía hemorragias severas, por lo que debía operarme, pero ya había sido operada dos veces para tener hijos y dos veces por embarazo ectópico, así que realmente no tenía fuerzas para seguir viviendo. Para dormir, por el dolor me esforzaba 2 o 3 horas y luego me dormía; si no me dormía, todo tipo de pensamientos me venían... y también afectaba enormemente mi trabajo. Cuando me venía dolor de cabeza desde la nuca y se extendía hasta la frente, al amanecer, incluso al abrir los ojos, mi vista se nublaba, los dientes que debía trabajar no se veían, así que no podía trabajar.

Entonces, un día, como un globo desinflado que se desploma, mi energía se escurrió suavemente y me desplomé. Como no tenía seguro, fui a una clínica de medicina oriental. El diagnóstico fue que toda mi energía se había agotado y que la depresión era severa. Después de suspirar, comencé a pensar profundamente.

La muerte podría venirme rápidamente. "¿Qué será de mí cuando muera? Como creyente, ¿podré ir a ese lugar llamado la patria celestial? ¿Soy una persona digna de obtener la salvación?..." Con estos pensamientos, abrí la Biblia y comencé a diagnosticarme, pero no tenía certeza. Cuando me di cuenta de que no había esperanza, no solo física sino también espiritualmente, sentí una decepción y frustración extremas.

Los años pasados en los que, diciendo que asistía a la iglesia, no podía hacer lo que quería, y estaba atrapada en la obsesión de que debía soportar todo lo relacionado con mi esposo... Queriendo simplemente abandonar la iglesia y vivir en el mundo a mi manera, dejé de ir a la iglesia durante 1 año. Pero debido a la mentalidad que ya tenía, tampoco podía armonizar con el mundo. Pensando en mis hijos, no sabía qué hacer con esto, y era desesperante... No podía avanzar, no podía retroceder, no podía elevarme al cielo, no podía hundirme en la tierra; en un estado realmente enfermo espiritual, físico y mental, no sabía qué hacer. Así que lo que pensé fue en hacer un plan para terminar mi vida con mis propias manos.

Entonces, al oír la noticia de que había un seminario de salud del director Choi Cha-sun en la iglesia, me tomé un día para ir a ver. Justo en el momento en que fui, escuché su testimonio. Pensé que quizás era una persona que había caminado antes que yo en circunstancias y vida similares, y un senior en la fe, así que recibí una consulta. Hubo una frase que me golpeó el pecho: "Hermana, usted solo puede vivir si conoce a Jesús." Luego, lo consulté con mi esposo, me tomé diez días, y decidiendo que esta era una oportunidad para conocer a Jesús, participé en el programa de diez días para pacientes.

Mientras escuchaba las conferencias tres veces al día, al tercer día me di cuenta de lo terriblemente bloqueada que estaba. Pensando que no podía seguir así, con el pensamiento de "Ya que voy a morir, si muero en la cruz, Dios se hará cargo", pasé toda esa noche en vela luchando como Jacob luchó. A la mañana siguiente, en la conferencia, el director Choi abrió y comenzó a leer Juan capítulo 1. «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.» (Juan 1:1)

Comencé a ver la luz en esa palabra. Sentí como si una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo, desde las puntas de los dedos de las manos hasta las puntas de los dedos de los pies, y no podía controlar mi cuerpo. Al mismo tiempo, la Biblia que durante 30 años no se había abierto por dudas comenzó a abrirse de par en par. Desde ese día, la palabra de Dios actuó como analgésico, sedante y hormona, y comenzó la cirugía de mi cuerpo y mente destrozados. Mi vida era absolutamente irremediable. Sin embargo, la palabra de Dios me dio nueva vida, y el hecho de que Dios Creador, quien me recrea, se convierta en mi Padre me asombró, y eso no se puede describir con palabras.

«La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma» (Salmos 19:7) se convirtió en luz para mi camino.

«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (Juan 14:6); ahora entendí esta palabra y se convirtió en experiencia.

Sabía que la palabra de Dios era verdad, pero como no la creía en mi corazón, había vivido años dolorosos. Me convertí en una persona que no puede vivir sin alimentarse cada día y cada momento del alimento espiritual que es la palabra de Dios, y con el poder de esa palabra, la restauración matrimonial, la restauración de los hijos, la restauración familiar, la restauración de amistades, la restauración de la salud, la restauración de la fe, todo esto realmente se restauró en nuestro Jesús. El hecho de que nos ama con un amor mucho más grande de lo que pensaba, con un amor infinito, me conmueve profundamente.

Los Salmos 19:7-8 son palabras que se cumplieron en mi vida.

«La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma;

el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo.

Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón;

el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos.» (Salmos 19:7-8)

En estas experiencias, mis dolores desaparecieron y en los últimos 3 años no han vuelto en absoluto.

Los miomas uterinos desaparecieron, y al ver la palabra, al alcanzar el clímax del amor de Dios, sentí la secreción hormonal. Al llevar una dieta saludable, la hipertensión bajó y las hemorroides desaparecieron. Los ojos también fueron volviendo gradualmente a la normalidad, y la depresión severa que padecía también siento que desaparece al vivir en alegría viendo la palabra. El dolor de cabeza no se puede encontrar por ningún lado.

Encontré la razón por la que nací y el propósito de por qué debo vivir, y descubrí un nuevo significado de la vida; aún ahora anhelo entregar al Señor el tiempo que me quede de vida.

Leucemia - Tailandia, Toto

Soy Phusit Siloh, padre de Toto, y soy de la etnia mong, originario de la provincia de Chiang Rai. Me gradué de la Escuela Secundaria Adventista de Chiang Mai, estudié en la Universidad Internacional Asia-Pacífico de Tailandia, y llevo 15 años trabajando en la oficina de finanzas de mi alma máter.

Hace 3 años, mi hijo Toto enfermó repentinamente. No sabíamos por qué el niño estaba enfermo. Fuimos dos o tres veces al hospital cerca de casa, pero el médico tampoco pudo encontrar la causa. En ese entonces el niño tosía mucho, así que le tomaron una radiografía de tórax, y se vio un tumor cerca del corazón. El médico a cargo no estaba seguro de qué tipo de tumor era, y decidió trasladar al niño a un hospital estatal. Sin embargo, en ese hospital tampoco pudieron determinar exactamente cuál era el problema del niño, así que fuimos a un hospital más grande en Bangkok. Allí se reveló que el nombre de la enfermedad del niño era leucemia. Como no sabía bien sobre la leucemia, investigué para saber si esta enfermedad era curable o no. Lo que supe después fue que la leucemia era una enfermedad muy difícil de tratar.

El médico presentó la quimioterapia como el único tratamiento, y dijo que la tasa de curación era del 60-70%. Dijo que los niños menores de 10 años tenían mayor probabilidad de curarse. En ese entonces Toto tenía 13 años. Me consolé con lo que dijo el médico, que la probabilidad de curación era del 60-70%.

Toto recibió la primera quimioterapia durante aproximadamente 1-2 semanas. El niño ya estaba demacrado, y al recibir la quimioterapia su cuerpo se debilitó rápidamente. El cabello comenzó a caerse y la boca se le ulceró, dificultándole comer. No podía hablar, así que escribía en papel para comunicarse con nosotros. Como no podía comer, no tenía fuerzas y no podía caminar. Como no podía caminar, pasaba mucho tiempo acostado en la cama, y sin fuerzas ni siquiera podía girarse de lado. El mayor problema era que las células cancerosas se habían extendido hasta los ojos, impidiéndole ver. Además, el niño no podía dormir toda la noche por la picazón, y sufría por varios efectos secundarios, como problemas en el abdomen.

El equipo médico envió a Toto a un hospital especializado en oftalmología en otra provincia para recuperar la visión, y el niño tuvo que recibir radioterapia durante un mes para recuperar la vista. Finalmente, expertos médicos de diversas áreas se reunieron para discutir el método de tratamiento de Toto. En ese entonces Toto había perdido el 80% de la visión del ojo derecho, y su audición también se había debilitado, por lo que no oía bien. Mientras esperaba la consulta con el médico, pensé que el mejor método para Toto era prevenir la metástasis de las células cancerosas. El médico a cargo propuso enviar al niño a un hospital estatal para la segunda quimioterapia. En la primera quimioterapia que recibió en el hospital de Bangkok, Toto la recibió con los niveles de fármacos más altos. Pero este médico dijo que eso había sido demasiado fuerte para el niño. La intensidad de los fármacos de la segunda quimioterapia era mayor, y dijo que no sabía si el niño podría soportarlo, y que pensáramos si continuar o suspender la quimioterapia.

Al juntar las palabras del médico, resultó que la quimioterapia no era un proceso que curara definitivamente la enfermedad del niño y le devolviera la salud, sino solo un método para prolongar la vida.

La esperanza que nos quedaba era solo que la vida del niño se prolongara para que estuviera un poco más de tiempo a nuestro lado.

En ese momento vino a mi mente el versículo bíblico: «Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.» (Mateo 16:25). No había mucho que pudiéramos hacer por Toto. Así que pensé que si el niño debía morir, debía dormir en Dios. Decidimos suspender la quimioterapia y darle el alta. Y le dijimos al niño: "Toto, mamá y papá ya no pueden ver cómo sufres recibiendo la quimioterapia. Nosotros, como tus padres, hemos hecho todo lo que podíamos. Pero si Dios quiere que duermas, oremos para que así sea. Si Dios desea que vivas y le sirvas, te mostrará la manera de curarte."

La situación era desesperada, y sentimos que no nos quedaba mucho tiempo para estar juntos como familia, y caímos en una gran tristeza.

Llegamos a casa después del alta alrededor de las 10 de la noche, y justo al día siguiente, en el Centro de Salud MHPC de la zona universitaria donde trabajo, un equipo de Corea iba a comenzar el seminario de diez días "The Maker Heals (El Hacedor Sana)". Como habíamos abandonado el tratamiento hospitalario, no teníamos otra opción, y decidimos participar en el seminario. En el seminario aprendimos sobre cómo comer y vivir saludablemente. Desde que comenzamos a asistir al seminario, el estado del cuerpo de Toto comenzó a mejorar y a recuperar vitalidad. Después de que terminó el seminario, fuimos al hospital una vez al mes para los chequeos, y cada vez recibíamos resultados de que la salud del niño estaba mejorando.

Hasta hoy, 3 años después, Toto vive saludablemente, y nuestra familia vive tal como aprendimos en el seminario. Estamos seguros de que Dios tiene un plan para obrar a través de Toto en el futuro. Mi hijo ya murió.

Este hijo que vive hoy es hijo de Dios.

Enfermedad renal - India, Violet

Soy Violet, y trabajo como maestra en la Escuela Secundaria Adventista de Madurai, en el sur de la India. Padecí cálculos renales durante 14 años. También tenía vitiligo y enfermedad de tiroides.

Mi estado de salud empeoraba cada vez más, hasta el punto de que me salían cálculos cada 3 meses, y por las infecciones urinarias y fiebre alta resultantes, era difícil llevar una vida normal. Enseñaba matemáticas e informática en la escuela secundaria, pero como había muchos días en que no podía ir a trabajar por la enfermedad, la escuela me hizo trabajar como maestra auxiliar.

En 2017, el médico dijo que mi función renal solo conservaba alrededor del 30%, y que los riñones no se recuperarían ni con tratamiento farmacológico. En ese entonces mi suegra también estaba luchando contra una enfermedad renal, y yo la cuidaba en casa. Pensé que tanto mi suegra como yo moriríamos pronto. Finalmente mi suegra falleció, y yo seguía sufriendo sin recuperar la salud.

Entonces, en noviembre de 2018, mi hijo mayor Jackson, que estaba preparándose para el examen de medicina en Delhi, participó en el seminario de diez días "The Maker Heals (El Hacedor Sana)" organizado por la Unión del Norte de la India, y me llamó por teléfono diciendo que mi enfermedad podría curarse y que comprara un boleto de avión de inmediato y fuera. Pero por diversas circunstancias no pude ir. Después, cuando mi hijo regresó a casa y estábamos pasando tiempo juntos, me enteré por un conocido de que ese seminario de diez días se realizaría en la División de Asia del Sur. Mi hijo dijo que ese seminario me ayudaría y que fuéramos juntos, y aunque tenía dificultades, participé.

El primer día del seminario, el director Choi Cha-sun me recomendó un ayuno de frutas durante 3 días. Pero durante el período de ayuno mi estado mejoró, así que voluntariamente dije que haría dos días más. Durante el seminario, ocurrieron cambios asombrosos en mi cuerpo. Hasta los primeros dos días del seminario, mi estado era tan malo que no podía caminar bien. Sin embargo, hacia el final del seminario de diez días, llegué a poder caminar como

una persona normal, hasta el punto de dar cinco vueltas al amplio campo de deportes del lugar donde se realizó el seminario. Además, pocos días después del inicio del seminario, el color de mi piel, que había cambiado por el vitiligo, comenzó a volver, y sentí que los cálculos salían uno por uno fuera de mi cuerpo. Ahora mi cuerpo se ha liberado de los cálculos renales.

Así, dos meses después de participar en el seminario "The Maker Heals", fui al hospital. El médico a cargo, al confirmar que mi función renal se había recuperado al 48%, se asombró de cómo había podido ocurrir algo tan imposible.

Si doy algunos ejemplos de las diferencias en el estado de mi cuerpo antes y después de participar en el seminario: antes de participar en el seminario, mi salud era tan mala que ni siquiera podía cocinar para mi familia. Después de terminar el trabajo en la escuela y volver, solía hacer una comida sencilla yo sola y luego irme a la cama. No tenía fuerzas para hacer las tareas del hogar, así que la limpieza solo la hacía una vez a la semana, barrer el suelo apenas podía. Pero después de participar en el seminario, no solo barro el suelo sino que lo trapeo, lavo los platos y cocino para mi familia, cumpliendo bien con mis deberes diarios como una persona normal.

Yo, que no podía cuidar bien ni de mi propio cuerpo, en septiembre de 2019, durante el seminario de diez días "The Maker Heals" realizado en Tiruchirappalli, me encargué de la cocina, preparando comida desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche, y me hice responsable de las comidas de más de 50 participantes. Mi esposo, que me conoce mejor que nadie, se preocupó durante el seminario y venía de vez en cuando a ver cómo estaba, y al ver que trabajaba bien y saludablemente se asombró.

¿Cómo fue posible esto? No puedo sino decir que es un milagro. Dios me dio fuerzas para poder hacer todas estas cosas. Ahora yo puedo hacer cualquier cosa con la ayuda de Dios.

Así, al participar en el seminario, me liberé de las enfermedades físicas.

Pero lo más importante es el cambio espiritual.

Yo vivía como adventista de tercera generación, y aunque era cristiana, vivía pensando que las enfermedades se curaban con medicamentos. Pero mi salud no mejoraba ni con medicamentos, y no había progreso en mi crecimiento espiritual. Como estaba enferma, siempre me preocupaba, estaba deprimida, me enojaba y me irritaba, haciendo difícil la vida a mi familia.

Pero durante el seminario, Dios obró en mi corazón y cambió mi forma de vida. Llegué a amar a todos. Con mi cambio, mi familia también se alegró, y las relaciones entre los miembros de la familia se hicieron más cercanas. Sobre todo, ahora tengo una relación más íntima con Dios. Dios me habla en mi corazón cada día. Hablo con Dios incluso sobre cosas pequeñas, como qué cocinar para la familia o cómo hablarle a otra persona. Cuando alguien está de mal humor o enojado, me permite esperar tranquilamente sin enojarme también. Dios cambió mi carácter.

El que hoy viva saludablemente se debe a que Dios me dio la oportunidad de vivir. Creo que Dios quiere que yo dé testimonio de Él como testigo vivo. Por eso comparto mi experiencia con mis colegas maestros y el personal, y con los estudiantes. Que no pudiera enseñar matemáticas e informática de grados superiores en la escuela también fue la providencia de Dios. Porque Dios me permitió transmitir al Dios Creador a través de la Biblia, Su palabra. Actualmente enseño la Biblia a estudiantes desde segundo de secundaria hasta segundo de bachillerato. Mi vida influye en los estudiantes.

Cada día les enseño qué comer y cómo comer. Cada día los estudiantes prueban el almuerzo que yo traigo. Quedan profundamente impresionados por la comida que cocino saludablemente y dicen que ellos también harán como yo. Mi esposo también, a cada persona que conoce, le recomienda que solo Dios es quien nos sana, y que sigamos la dieta saludable tal como Dios enseñó a Adán y Eva en el jardín del Edén, y transmite la palabra de Dios que ha visto y experimentado.

Aquel que revivió mi función renal también curará con certeza sus enfermedades y les dará salud. Aquel que cambió mi vida también cambiará sus vidas.